

LA TOPOGRAFÍA MÍSTICA DE LOS SANTOS LUGARES EN LA VERSIÓN DE PAULA (San Jerónimo, *Epist.* 46, 58, 108)

ELENA CONDE GUERRI
Universidad de Murcia

RESUMEN

En el testimonio de Paula y de otras mujeres vinculadas al «Ateneo» de San Jerónimo, e incluso en el del propio exegeta [Jerónimo], la mención y la detallada contemplación de los Lugares más significativos como cuna del cristianismo histórico, son peculiares. No se persigue esencialmente la finalidad de una descripción arqueológica, como fuente para el arte paleocristiano, ni tampoco la constatación de la metamorfosis de una sociedad que, en los últimos años del siglo IV, era ya consciente de la repercusión de las Peregrinaciones. Aunque el contenido de las Epístolas mencionadas podría asimilarse en líneas generales, a una *odoiporía*, no es esa la intención de remitentes y destinatarios, a mi parecer. La realidad del hecho histórico y la concreción del tópos, son superadas conscientemente por las vivencias apasionadas y la contemplación mística que ven estos escenarios como una iconografía viva de la salvación. Por otra parte, la hábil percepción que San Jerónimo tenía del rol que podían desempeñar los cristianos aristócratas y cultos en este momento histórico, le impulsó a aconsejarles, o bien no, el viaje a Tierra Santa en función del sexo, condición familiar o capacidades de cada cual.

ABSTRACT

In testimonies of Paula and other women belonging to Saint Jerome's «*Athenaeum*», even in testimonies of the exegete himself (Jerome), every mention or detailed contemplation of the most meaningful places as cradle of the historical Christianity are peculiar. They don't aspire to

make an essentially archaeological description as source of the paleo-Christian art, nor confirm the change of a society which at the end of the 4th century was already aware of the impact caused by the pilgrimages. Though contents of the mentioned letters could be assimilated to one *odoiporia*, in my opinion it is the aim neither of sender nor of recipients. The reality of the historical facts, and the typical accuracy for the *topoi* are deliberately overcome by passionate experience and mystical contemplation, that consider these places as a vivid iconography of the Salvation. On the other hand, Saint Jerome's lucid perception of the role Christian and educated aristocrats could play in that historical moment persuade him to advise or reject a pilgrimage to Holy Land depending on sex, family conditions or abilities in every case.

Al igual que en el mundo contemporáneo determinadas aspiraciones o deseos se convierten poco a poco en necesidades, ocurría lo mismo en la Antigüedad. Todas las necesidades no son, obviamente, perentorias o vitales, pero pueden mutarse en imperativas a requerimiento de los estímulos, intereses o creencias de los individuos que integran toda sociedad. En este aspecto, en las últimas décadas del siglo IV del Imperio —cuando los emperadores ya habían regulado los mecanismos oportunos y la sociedad transitaba en general adecuada a la doctrina y a las jerarquías de lo que se ha llamado *la consolidación del cristianismo histórico*— surgió en determinados cristianos la necesidad del viaje a Tierra Santa. Al microcosmos donde Jesucristo había culminado su vida terrena, tras la enseñanza de la buena nueva, con las experiencias de su crucifixión y de su propia resurrección. Esto es importante, pues el acto volitivo del viajero en potencia se sustentaba intrínsecamente en la fe. El viaje no era un simple traslado, ni un periplo a la aventura estimulado por las peripecias implícitas a las sorpresas o a la ampliación de conocimientos geográficos, arqueológicos o históricos. Éstos, no se despreciaban pero quedaban subordinados al objetivo primordial del viaje cuyo destino no era tampoco un destino cualquiera. Pisar los Santos Lugares, por los motivos expresados, fue el móvil de las llamadas peregrinaciones a Tierra Santa. El itinerario vivido era, a la vez, *didaché*, *ambrosía* y *empeiria* transmisible posteriormente a los hermanos en la fe, que no habían podido emprenderlo por otros motivos, e incluso a los no cristianos.

Mis palabras introductorias tan sólo persiguen centrar el argumento particular que vendrá después, la experiencia intransferible que de estos Lugares tuvo Paula, en unión de su hija Eustoquia, cuando en las dos últimas décadas del siglo IV la Palestina cristocéntrica era muy difícil de comprender sin la presencia permanente de Jerónimo. El argumento que, por otra parte, es casi inagotable y ha merecido una bibliografía amplísima a la que no siempre es posible acceder de modo directo por motivos obvios, sugiere otras dos premisas: en primer lugar, un repaso a conceptos básicos como periodo *tardoantiguo* / *altomedieval*, donde la simbiosis de la herencia clásica con las nuevas formas compone un conjunto tan rico cuanto complejo que no deja de ser tan sólo una edad «creazione della nostra mente», aunque con un valor meramente instrumental y nunca ocioso.¹ En segundo lugar, la evidencia de que en esta peculiar etapa histórica, el mencionado viaje estaba reservado en principio a unos pocos elegidos, a unos cuantos bautizados de linaje aristocrático, educados en la rica herencia del humanismo grecorromano y preferentemente vinculados a las cancillerías imperiales o, en

1 E. SESTAN, «Tardo antico e Alto medievale: difficoltà di una periodizzazione», *Settimane di Studio sull'Alto Medioevo*. IX, 1961. Spoleto, 1962, pp. 15-37.

caso de ser eclesiásticos, presbíteros influyentes u obispos de sedes-piloto. La mayoría gozaban de un ingente patrimonio pero con la misma naturalidad que lo heredaron, lo entregaron también generosamente a la comunidad para subvenir necesidades o bien se convirtieron en los primeros mecenas promotores de hospicios y xenodoquios. Paulino de Nola puede ser un ejemplo proverbial. Las mujeres no estaban excluidas de tal peregrinación, en principio, pues muchas se adaptaban al cliché común que combinaba nobleza e instrucción con riqueza y generosidad cristiana. No obstante, se admitían unos requisitos tópicos: matronas que viviesen en continencia conyugal y con hijos adultos, que no requiriesen ya su absoluta dedicación, o, preferiblemente, viudas cuyo estado civil les había eximido de todo vínculo y concedido el regalo de un tiempo libre que podían dedicar al reino de Dios en la tierra, según evidencian los cánones de muchos Concilios de la Iglesia primitiva. Estimo que estas ideas resultan básicas para la lectura de este artículo, al igual que soy consciente de que nada descubro a los estudiosos habituales de la materia, si bien resulta gratificante comprobar hasta qué punto las últimas publicaciones al respecto siguen las huellas de aquellas precedentes que son sensibles al paso del tiempo —esencialmente, por el avance de la ciencia arqueológica *in situ*— pero no al deterioro de su calidad intrínseca.²

En este peculiar paisaje cultural e institucional, algunas de las mujeres nobles vinculadas al *pequeño Ateneo* que Jerónimo de Estridón dirigía en el Aventino, favorecidas por las circunstancias personales anteriormente mencionadas, decidieron emprender el peregrinaje a Tierra Santa. La aristócrata Paula, ya viuda, en unión de Eustoquia, una de sus cinco hijos, fue la pionera. Debíó de llegar a Palestina hacia principios del 385, considerando que en esta tierra había vivido veinte años hasta su muerte en el 404, a decir de Jerónimo en el epitafio a su Elogio Fúnebre (*epist.* 108, 34). Para Paula, cristiana hasta el ápice de los preceptos evangélicos y mujer también entusiasta, ir y residir en Tierra Santa para seguir una vida cenobítica se convirtió, sin duda, en una necesidad en un momento puntual de su existencia y como tal debíó de solicitar el consejo de Jerónimo que estaba ya en Palestina por las mismas fechas, casi con seguridad, al haber muerto el Papa Dámaso y no mantener la misma empatía con su sucesor Siricio. Lo que no sabemos exactamente es si partió con el absoluto beneplácito de aquél, por lo que se expondrá más adelante.³ Sea como fuere la posición de su padre espiritual, Paula y su hija se asentaron en Tierra Santa, pues *mensuram caritas non habet* (*epist.* 46,1) y siguiendo tal lema de que «el amor no conoce medida», creían su deber seguir a pie juntillas el primer mandato

2 *Pellegrinaggi e luoghi di culto dall' antichità all' alto Medioevo*. AA.VV. (Terza Settimana di Studi tardo antichi e romano barbarici. Monte Sant' Angelo, ottobre 2000). Università de Bari, 2000. La citada Universidad italiana tiene el mérito de publicar periódicamente estas Jornadas de Estudio, incluyéndolas en la colección *Vetera christianorum*. En la presente, especialistas como DI BERARDINO, CAPASSO, GROSSI, MAZZINI, SMOLAK o SINISCALCO, por citar sólo algunos, vuelven a reactivar problemas e hipótesis sugerentes sobre el tema. J. Elsner – I. Rutherford, *Pilgrimage in Graeco-Roman and Early Christian Antiquity*. Oxford, 2005, constatan en esta publicación, resultado del Coloquio de la Universidad de Reading en el 2000, que la peregrinación como tal no es una innovación del cristianismo. Entre griegos y romanos fue «múltiple, variada y altamente diferenciada». El cristianismo cambió el móvil logrando metamorfosear el hecho.

3 Las cartas del santo, cortesano y asceta a la vez, filólogo, políglota y secretario afectísimo del Papa Dámaso, más de cien, constituyen un acervo de información interdisciplinar donde también habla el corazón y no de forma velada, precisamente. Las mencionadas en el título de mi colaboración, más otras subsidiarias, son vitales para este argumento y las que he analizado con detenimiento. He seguido la edición crítica de *Les Belles Létres*, trad. y com. por J. LABOURT. Paris, 1958-1963. Para la voz *Jerónimo*, *Diccionario Patristico y de la Antigüedad Cristiana*. Dirigido por A. DI BERARDINO. Trad. esp., Salamanca, 1983. (Sígueme), pp. 1143-47, sintetizadas por J. GRIBOMONT, con la pertinente selección bibliográfica en que siguen siendo básicas las obras de F. CAVALLERA y J. D. KELLY.

de Dios a Abraham *exi de terra tua* (Gén. 12,1). La carta 46, escrita por ambas mujeres,⁴ iba dirigida a su amiga Marcela, entonces en Roma, incitándola a que se reuniese con ellas cuanto antes. La destinataria nunca lo hizo aunque aquéllas la requerían también como a su *magistra*, la que *quasi gallina congregasti sub alas pullos tuos*. Probablemente, asuntos trascendentes requerían su permanencia en Roma tutelando el germen de lo que en aquel cenáculo privilegiado se había sembrado.

Así pues, al filo del 393, cuando ya llevaban unos cuantos años en Palestina, madre e hija son capaces de redactar una guía corográfica lo suficientemente completa como para orientar a un viajero inexperto, pero tal finalidad está muy lejos de su intención. Su celo consiste en trazar un itinerario espiritual donde cada lugar concreto transmita al peregrino la profunda carga semiótica de la fe implícita a lugares, escenas e incluso objetos, de la fe y la esperanza que se sustentan en los *tópoi* benditos por el contacto táctil y directo con el Señor. Su llegada había sido vaticinada por protagonistas que le habían precedido en similar geografía y, obviamente, no debían eludirse. Pero, por igual motivo, la mención de los lugares, paisajes o ciudades que configuran el mapa esencial del Antiguo Testamento, como el preludio de la escenografía de la salvación, se expone literariamente de modo desordenado, no responde a un itinerario geográfico lógico regido por los puntos estacionales de las calzadas romanas, por ejemplo, o bien por el imperativo de la historia que reguló diacrónicamente los hechos. Y ellas lo saben y se excusan ante Marcela. Una etiqueta general define a Palestina, *terra montuosa et in sublimi sita* (p. 2), al igual que «carente de las delicias del siglo pero con las mayores delicias espirituales» y así queda identificada en su fisonomía general. Sin embargo, dentro del territorio concreto, que en determinados comentarios ellas extienden hasta Mesopotamia, el río Kébar —lugar de la visión profética de Ezequiel—, Senaar —presunto emplazamiento de la torre de Babel— o Salem, en su caso, como dominio del rey y también sacerdote Melquisedec, e incluso Egipto, y otros datos del Libro de los Reyes y de los Libros Proféticos, o incluso del Cantar de los Cantares,⁵ interfieren entre sí hilvanados no por la historia real sino por la vehemencia de los sentimientos que retrotraen simbólicamente hechos e instituciones propias del Nuevo Testamento encajándolos en las realidades y ambientes del Antiguo, incluso antes de la elección de Abraham como se ha visto, para constatar que «se habían cumplido las Escrituras». Las cultas mujeres advierten a Marcela, igualmente instruida: *Tacita forsitan mente reprehendas cur non sequamur ordinem Scripturarum* (p. 3), insistiendo de nuevo «que manda el corazón». Un corazón asentado locativa y espiritualmente en Belén, lugar de residencia de Paula y Eustoquia en su cenobio. En Belén empezó todo, se hizo carne la historia de la salvación —aunque el verdadero inicio se gestó en Nazareth, en el episodio de la Anunciación— pero las relatoras no comienzan su evangélico itinerario espiritual en Belén sino en Jerusalén.

4 FEDER atribuye su redacción al propio Jerónimo, pero me permito disentir ante la evidencia de una sensibilidad genuinamente femenina en la visión de lo real. Respecto a los términos citados en lengua griega y en hebreo, aunque esporádicamente, no veo problema ya que Paula conocía bien dichas lenguas, así como estaba versada en Sagrada Escritura bajo las enseñanzas de Jerónimo.

5 Como argumento extrínseco al tema elegido, no he analizado las menciones a los topónimos o hechos pertinentes a los libros del AT, ni la exégesis a pasajes del Apocalipsis, citados con cierta frecuencia, entre los que destaca el de «la Jerusalén celestial». El punto 6 y ss. concentran la descripción topográfica, arquitectónica y artística de dicha ciudad en *Apoc.* 16-18, y su racionalización por las autoras de esta carta, que concluyen, ante lo «absurdo» de ciertas proporciones y medidas ajenas a toda urbanística real, *cum ergo haec non possint carnaliter accipi, spiritualiter intelligenda sunt singula*.

Creo que esta elección es importante. En los puntos 3-9 de la epístola se hace una peculiar recreación de la ciudad, *urbs*, comenzando por un análisis semántico-parlante de su nombre que, dividido en tres partes como manifestación de la Trinidad, significaría «visión de paz». La paz, sin embargo, no siempre fue consustancial a tal ciudad, sino al contrario, y todas sus peripecias bélicas, desde la estirpe de David hasta su destrucción a manos de los romanos, bien descrita por Flavio Josefo, *vernaculus scriptor*, se definen como un *totum mysterium vernaculum* cuya paradoja escapa a toda interpretación lógica. «Aunque, en otro tiempo, el Señor amó las puertas de Jerusalén más a que a todas las tiendas de Jacob», El mismo profetizó su ruina y su caída, justificada por Paula y Eustoquia en razón del pecado de sus habitantes, no de la ciudad en si misma. Este pueblo tenía que ser castigado y el Templo destruido para que las antiguas víctimas figurativas fuesen suprimidas y el lugar se mutase en uno mucho más excelso, *augustior*, como jamás lo había sido. La sustitución se había producido tras la presencia terrena del Señor en ella y donde «los judíos veneraban antes el *Santa Sanctorum*, el arca de la Alianza y la vara de Aarón, veneran ahora el Santo Sepulcro». Se llega, así pues, en esta gradación a la mención del epicentro topográfico que justifica y sustenta toda la fe cristiana: la Anástasis. ¿*Nonne tibi venerabilius videtur sepulchrum Domini?*», preguntan a Marcela. Marcela, sin duda, asentiría pero, en caso de no tener referencias o descripciones puntuales del ambiente y de su arquitectura por otros medios, cosa que particularmente ignoro, no podría saciar su curiosidad artística y arqueológica ni siquiera excitar imaginativamente su piedad. Sus amigas no describen el monumento en si mismo, promovido por el emperador Constantino a instancias de su madre Helena, cuya *consacratio* solemne había tenido lugar en los idus de septiembre del 335, aunque su proceso constructivo arrancó del 326, y que a final de este siglo IV se había enriquecido ornamentalmente gracias también a la generosidad de los peregrinos.⁶ Los sentidos corporales, en este caso la vista como primera vía para la comprensión o recreación arquitectónica, es voluntariamente anulada ante la experiencia mística sustentada casi en lo suprasensorial. Las mujeres ven con la mirada interior: *quod quotienscumque ingredimur, totiens iacere in sindone cernimus Salvatorem, et paululum ibidem commorantes rursus videmus angelum sedere ad pedes eius, et ad caput sudarium convolutum*. Su imaginación está reproduciendo y reviviendo a Mateo 27,60 y a Juan 20,7. La escenografía del misterio se concentra en elementos muy concretos, típicos a mi modo de ver del universo femenino, como es el sudario, y en detalles, «el ángel sentado a sus pies», y esto se renueva iterativamente, «cuantas veces entran en el Sepulcro, de nuevo gozan con dicha visión». La gloria futura de tal sepulcro ya había sido vaticinada incluso antes de que José de Arimatea, su poseedor, ni sospechase la identidad del que iba a reposar allá. Esta descripción, por decirlo de nuevo, mística, no anula completamente la utilización de otros sentidos corporales al servicio de la veneración del tópos, como es el del tacto o, incluso, el gusto, según Jerónimo referirá en la carta 108, más conocida como *Epitaphium Sanctae Paulae* al que aludiré más adelante. Da la sensación, con todo, de que el pensamiento lógico de ambas mujeres

6 R. KRAUTHEIMER, *Arquitectura paleocristiana y bizantina*. Trad. esp., Madrid, 1984 (Cátedra). *Anástasis y Gólgota*, p. 69 ss. donde el investigador refiere tanto a las fuentes originales, Eusebio de Cesarea, *Vit.Const.*, etc., como a los principales estudiosos de la materia entre los que destacaría las eximias figuras vinculadas a las Escuelas italiana y francesa, de cuya investigación la comunidad científica será siempre deudora y cuyos nombres no deseo ahora detallar para que el afecto, por discípula y conocimiento personal, no me haga incurrir en alguna preferencia involuntaria. Respecto a las contribuciones de los peregrinos en este sentido, *vid.* las Actas del *X Congrès International d'Épigraphie Grecque et Latine*. (Nîmes, octubre de 1992). M. CHRISTOL - O. MASSON, eds. Paris, 1997, esencialmente, los artículos sobre «Evergetismo y Epigrafía en el Occidente cristiano», *passim*.

—fuese o no en mayor o menor grado *educado* por Jerónimo— se movía entre la contradicción que supone lo sensorial apoyado en la fe, que es un don y una gracia, y lo sensorial basado en la utilización de los cinco sentidos corporales que demostraban palpablemente las desventuras y destrucciones sufridas por la ciudad Santa. La explicación no es tan simple, en mi opinión. Hay cosas que, evidentemente, la mera arqueología y urbanística de Jerusalén sólo confiaban a la evidencia empírica de los sentidos corporales, sin más, pero la fe, que evidentemente es una experiencia personal, daba un paso más, casi metahistórico, concediendo a estas cultísimas mujeres la solución de la paradoja justificando la identidad privilegiada de la ciudad como lugar real, por haber sido el escenario físico de la muerte y resurrección del Señor. Y tal realidad de fe anulaba otros argumentos o etiquetas aplicados a Jerusalén con posterioridad a la pasión del Señor. La ciudad era llamada *scelerata y detestabilis locus* (p. 8 ss.) por algunas voces. No entro ahora en hipotetizar sobre la identidad de tal portavoz, que no se desvela en la carta, pero Paula soluciona tal contradicción argumentando airosamente: «llaman maldita a la tierra que ha bebido la sangre del Señor. ¿De qué modo, pues, consideran benditos los lugares en que Pedro y Pablo, generales del ejército cristiano, derramaron su sangre por Cristo?. Si gloriosa es la *confessio* de siervos y de hombres, ¿cómo no ha de serlo todavía más la gloriosa *confessio* del Señor y Dios? Veneramos los sepulcros de los mártires allá donde se encuentren, volviendo los ojos a sus santas cenizas/restos, y, si está permitido, las tocamos con nuestros labios.» Y sigue: *et monumentum in quo conditus est, quidam aestimant neglegendum?*. Deducción muy propia de la sensibilidad femenina que impregna todo este interesante fragmento. Se besan —táctil, sensorial— las tumbas y las reliquias de los mártires conforme a veneración. ¿Cómo es posible que alguien piense que el propio monumento fúnebre donde fue sepultado el Señor —el primer mártir, si se recuerda, en la consideración de algunos Padres de la Iglesia— pueda ser descuidado?. Conceptos propios ya de la arqueología cristiana, como *confessio*, bien conocidos por los especialistas, no se mencionan por su valor monumental intrínseco sino por su simbolismo.

La sacralización del tópos del Santo Sepulcro / Anástasis se confía, in extremis, no sólo al misterio de la fe sustentada en la palabra del propio Cristo sino también a la evidencia de lo taumatúrgico, como *signa* fuertemente sensorial, algo bastante ligado a la emotividad femenina, ya que Paula y Eustoquia testifican que «si no creemos por nosotros mismos, creamos al menos en el diablo y sus ángeles, pues cada vez que ante aquel Sepulcro se les expulsa de los cuerpos de los poseídos, rugen y se estremecen como si estuvieran ante el tribunal de Cristo». La conclusión final que eleva a la Anástasis y a Jerusalén como lugar preferente de Tierra Santa es que «Pablo se apresuró a ir a Jerusalén para celebrar Pentecostés» (cf. *Act.XXI,13-16*). En Jerusalén, el Señor resucitado hizo la promesa del Paráclito, e infundido en dicha ciudad, desde aquí surgió una nueva etapa, con la fortaleza para la expansión de la Palabra. No obstante, en la carta no se describe ambiental ni arquitectónicamente el presunto Cenáculo, pues ésta no era la finalidad de la epístola. Por lógica y por la cultura implícita a quienes estaban residiendo en estos Lugares santos, las remitentes no podían ignorar otro escenario que, en el tiempo, fue anterior al de Pentecostés. Y, sin embargo, lo citan como de pasada e invirtiendo la cronología, quizá porque para su universo místico Pentecostés y su liturgia implícita tenía una lectura preferente. El lugar de la Ascensión o de la despedida, se ve como el comienzo de una polivalente dinamización de la fe cristiana. El itinerario terreno del Señor culmina definitivamente *ab ascensu Domini.... usque ad praesentem diem*, pues desde el lugar de la Ascensión hasta el momento vivido, en presente, «muchos obispos, mártires, expertos en doctrina eclesiástica, y otros, llegaron hasta Jerusalén considerando que ellos no tendrían la debida piedad, ni la ciencia ni, como se dice, el máximo de

virtudes, a no ser que adorasen a Cristo en aquellos mismos lugares en los que, por vez primera, el Evangelio había resplandecido desde el patíbulo» (p. 9). El momento álgido de las peregrinaciones era ya una realidad, en mi opinión, aunque otros estudiosos hablan de «fase incipiente».⁷ Los lugares donde el Señor vivió, resucitó, ascendió al cielo y había predicado la buena nueva, se ofrecen por Paula, casi *se venden*, con el entusiasmo de quien presenta la familiaridad con ellos como garantía de piedad, *religio*, pero también de *virtus* y de *scientia*, triple objetivo a conseguir que da una idea bastante exacta de los ideales cristianos y de la profunda formación humanística y doctrinal que se exigían estas mujeres, aunque hubiesen elegido el retiro ascético. Su forma de vida, casi silente, no implicaba una fosilización en los progresos adquiridos sino todo lo contrario. En palabras del citado Parente, se demuestra «la prospettiva di un cristiano colto della fine del IV secolo che applica agli stessi luoghi che visita quella doppia valenza, reale e spirituale, letterale ed allegorica, che i cristiani riconoscevano nella Scrittura». Por eso llamaban con afecto perentorio a Marcela, para que se uniera con ellas en esta maravillosa experiencia de vida que, nunca mejor dicho, transcurría en el escenario de los orígenes.

Los orígenes no podían desvincularse de Belén, obviamente, cuya contemplación peculiar se expone a partir del punto II de la misma carta. La Anástasis la ha precedido en el relato porque, conviniendo con San Pablo (I Cor. 15) «así todos revivirán en Cristo». Pero es, sin duda, en la mención de Belén donde la sensibilidad de ambas mujeres se desborda «pues no encontrarían palabras para describir a Marcela la *spelunca Salvatoris*». Aunque «en la mencionada ciudad, *urbs*, hay tantos lugares de oración que no podrían recorrerse en un solo día», la gruta de esta *villula Christi et Mariae* tiene preferencia. Es tan enorme la trascendencia del misterio acaecido allí y tan tiernos y exquisitos los detalles que «es preferible venerarlo con el silencio que con un torpe discurso». La fuerza de la palabra estorba, por consiguiente, y la verdadera semántica se une en este caso al valor del recogimiento y al proceso de una introspección mística. La actitud contemplativa es aprovechada igualmente para contraponer la extrema humildad de este tópos con las riquezas constructivas y ornamentales promovidas en el avance de lo que yo llamo las arquitecturas «oficiales» paleocristianas. Estimo que tal contraste no implica una crítica negativa sino un fin didascálico. Paula y su hija sabían mejor que nadie, por sus orígenes aristocráticos y su inmenso patrimonio, que la edilia cristiana para dar gloria a Dios exigía también grandes dispendios. No obstante, cerciorarse de que *ecce, in hoc parvo terrae foramine caelorum conditor natus est*, y que aquí «envuelto en pañales fue visto por los pastores, indicado por la estrella, adorado por los Magos», resultaba una antítesis bastante fuerte en comparación con los *latae porticus, aurata laquearia, postes auratos y ad instar palatii opibus privatorum extractae*

7 F. PARENTE, «La conoscenza della Terra Santa come esperienza religiosa dell'Occidente cristiano dal IV secolo alle Crociate», *Popoli e paesi nella Cultura Altomedievale*. Settimane di Studio..., cit., XXIX, 1983. Spoleto, 1984, pp. 231-316. Contribución fundamental sobre el tema en que el autor remonta a la bibliografía de especialistas como E.K. VOGEL, L. LE GRAND, E. BURGER, H. LECLERCQ, J. WILKINSON, D.E. HUNT, A. HARNACK, WARD-PERKINS, que son siempre precisos. En opinión de Parente, el preludio que posibilitó las peregrinaciones posteriores se debe a Macario, obispo de Jerusalén, cuando en el verano del 325, al regresar del concilio de Nicea, comenzó la demolición del Capitolio de la llamada todavía Elia Capitolina (Eusebio de Cesarea, *Vit.Const.* III, 25-28). No hay que olvidar que la política llevada a cabo por los emperadores cristianos desde la mitad del siglo IV, con el asesoramiento de los grandes intelectuales cristianos del momento, pongamos a Ambrosio de Milán como ejemplo, favoreció la consolidación de las redes sustentantes de la doctrina por cualquier medio. El objetivo de los Santos Lugares también era un instrumento, aunque no siempre los emperadores tuviesen la preparación intelectual o exegética para discernir con objetividad los textos «canónicos» en que sustentaban su poder legítimo. A. ALBA LÓPEZ, *Príncipes y tiranos. Teología política y poder imperial en el siglo IV d.C.* Madrid, 2006 (Signifer, 18).

basilicae. Las autoras, acomodan términos de la arquitectura civil a la religiosa, pero tampoco se detienen en describir la basílica de la Natividad, de por sí elegante y majestuosa. Tampoco creo que abominasen de los evergetas cristianos, ya que ellas mismas y miembros de su familia la habían practicado.⁸ La discreción absoluta que preside esta epístola en lo referente a lo que yo llamo *el cosmos temporal*, será rota por el propio San Jerónimo en su carta 108 dedicada, como se dijo, a desvelar detalles de la personalidad y vida de Paula y sacarla del anonimato, poniendo al Señor como testigo de que nada se ha dejado al vacío panegírico sino que los méritos cristianos de la difunta, probados, van a mayor gloria de Dios.

Belén, en otro orden de cosas, presentaba otras ventajas. La de ser una ciudad aún pequeña y recogida frente a la gran urbe, Jerusalén, en la que «la propia *magnitudo urbis* exigía ver y ser visto; saludar y ser saludado; alabar y criticar; con peligro de caer en la soberbia si no se atendía a los visitantes, y en la distracción si eran atendidos, a riesgo de no gozar ya del silencio. (p. 12 ss.). Paula y Eustoquia están definiendo a Jerusalén como una ciudad completamente cosmopolita y definiéndose a ellas mismas como protagonistas de una vida monacal, intrínsecamente contemplativa, que precisa del silencio y del estudio. Por ello, las «personas que, como guías, acompañan a los peregrinos entre las lenguas murmurantes de los servidores», el ajetreo, el recinto que acoge a gentes de muy diversas etnias y costumbres tan sólo unidas por el vínculo de la fe —*vox quidem dissona sed una religio*, dice Paula— hubiesen sido un obstáculo a su regla.⁹ Belén, por el contrario, se dibuja como un escenario bucólico, nunca mejor dicho, un lugar atrayente en el que «todo es silencio excepto el rumor de los salmos». La descripción que ambas mujeres, presumiblemente, hacen de esta *villula* es igualmente la de un tópos místico y sensorial, no edilicio ni locativo. Los distintos profesionales, cuyos oficios se adecuaban a un ecosistema lógicamente agropecuario, simultaneaban aquéllos con el rezo alborozado de los salmos. «El que araba, cantaba el aleluya sujetando la esteva; el sembrador, sudando, se aferraba a los salmos y el viticultor, al ritmo de herir la vid con la curva hoz, salmodiaba siguiendo al rey David.» Existe un transfondo lírico en todo esto que delata la formación de Jerónimo en la literatura latina y su pasión por ella que, sin duda, inculcó a su pequeño círculo de discípulas, capaces de comprender incluso los textos sagrados en lengua trilingüe. Pero lo realmente importante, a mi criterio, es que en estos momentos de finales del siglo IV, las comunidades monásticas de Palestina habían sido capaces de establecer unas normas litúrgicas concedoras

8 Para la basílica de la Natividad, R. KRAUTHEIMER, *cit.*, p. 67 ss. La renuncia a los propios bienes como corte definitivo con la vida anterior y el comienzo de una *renovatio* interior, no era infrecuente. La propia nuera de Paula, Leta, se dedicó tras enviudar a embellecer Roma con edificios dedicados a necesidades caritativas, costeados por sus innumerables limosnas, como mímesis del ejemplo de Paula en Tierra Santa. (*Epist.* 108, 26). Igual conducta siguió el aristócrata Pammaquio, casado con su hija Paulina. La incógnita, ya planteada hace años por los estudios de N. DUVAL, J. FONTAINE, CH. y L. PIETRI y otros, reside en indagar hasta qué punto el refugio en la vida monástica se hacía por determinadas desilusiones «temporales» donde las aspiraciones no se habían cumplido, o por verdadero espíritu ascético. J.M^a BLÁZQUEZ, «Las posesiones de Melania la Joven», *Historiam pictura refert*. Miscellanea in Ononore di P.A. Recio Veganzones. Città del Vaticano, 1994. pp. 67-80 (Studi di Antichità Cristiana pubblicati a cura del PIAC. LI.).

9 En el punto 10, se especifican las procedencias de los peregrinos o, en su caso, residentes, comprobándose que están representadas todas las provincias romanas donde el cristianismo antiguo arraigó con fuerza y se consolidó en las respectivas diócesis como prototipos de testimonios martiriales, conversiones, aristocracias laicas y eremitismo, en cada caso. También surgieron heterodoxias, como es sabido, pero esto parece ser tangencial para las redactoras de la misiva. Galia, Britannia, Armenia, Persia, India, Ponto, Capadocia, Celesiria, Mesopotamia y Egipto configuran esta lista. Extraña, en principio, que no aparezca especificada Hispania, considerando que Egeria —o quien fuese realmente quien utilizó éste o parecido nombre— podía ser un prototipo de sus peregrinaciones, pero probablemente Hispania se veía unida a la Prefectura de las Galias en la corografía administrativa bajoimperial.

del AT sin despreciar aquel tesoro de la *humanitas* clásica que les había sido legado, racionalizándolo, difundiéndolo y sabiéndolo seleccionar o cribar, en cada caso. Por ello, H.I. Marrou hablaba de un *monachisme sauvant et civilisateur*.¹⁰

Ante el panorama expresado, Paula y Eustoquia urgían epistolarmente a Marcela a que se reuniese cuanto antes con ellas en Palestina, anhelando «la noticia de que su amiga estaba ya llegando a dicho litoral». Esta tierra bendita reunía, como se ha visto, todo cuanto un alma cristiana ansiosa de perfección y de meditación en la Pasión y Resurrección de Cristo podía desear. En consecuencia, y con hábil sentido de la oportunidad, ambas mujeres amplían el circuito de la maravillosa corografía espiritual del territorio a otros lugares extrínsecos, en su caso, a la presencia física del Señor pero que implicaban el preludio del cumplimiento de la Promesa. Y lo hacen en los últimos fragmentos de su epístola, cuando ya se había puesto de manifiesto que los *loci* esencialmente teocéntricos y cristológicos eran la Anástasis y la Natividad, Jerusalén y Belén y viceversa. Pero había otros lugares santos diseminados en el tiempo histórico de los hechos acaecidos y en el tiempo místico de la historia de la salvación. En el texto (p. 14-16), ambos tiempos se funden en uno solo que es el presente histórico de la gracia que sigue actuando. Por ello, aparecen mezclados sin orden cronológico preciso el Jordán, el pueblecito natal de Lázaro, los Lugares santos propios de los Patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, con sus respectivas *tres ilustres esposas* —atención, que Agar no es mencionada en absoluto—, junto con el manantial donde Felipe bautizó al eunuco, o Samaría «alimentada por escuadrones de profetas» y donde se podía venerar simultáneamente a Juan el Bautista, a Eliseo y a Abdías. El monte Olivete, el sepulcro del que Lázaro fue devuelto a la vida, Nazareth, denominada como «la flor de Galilea», se hermanan a Caná y al Tabor, desde donde se partirá hasta «el mar de Genesaret en que se contemplará, *videbimus*, a unos cinco mil hombres saciados con cinco o siete panes». De cualquier modo, las paradas del itinerario suelen responder a la división administrativa tripartita, tradicional, de la Palestina romana, si se ha observado y, en su caso, las últimas secuencias mencionadas son más lógicas, pues el circuito místico se desplaza por Galilea. Nada escapa a la particular versión de Paula en el relato. Todo se mezcla, o bien sigue un orden dentro de un apasionado desorden que se propone arrastrar a esta vida de perfección y a este cosmos a Marcela, a la que ellas siempre habían considerado también como *su madre espiritual* ya que, en ausencia de San Jerónimo, siempre había sido la encargada de tutelar en Roma la vida monástica y el estudio en tan peculiar cenobio femenino, del que también formaba parte su madre Albina. La posterior mención a Naim, al torrente Endor donde fue vencido Sísara, el general cananeo (*Juec.*, 4) —añadiría que, para la percepción femenina, no tanto por Barac sino por la inspirada gestión de Débora y por la valiente astucia de Yael— y a Betel, «donde se han erigido ya algunas comunidades como señal de la victoria del Señor», fatiga el itinerario espiritual de madre e hija que, cansadas, *ad nostram speluncam redierimus*. En dicha gruta, las mujeres darán rienda suelta a una comunión de liturgia viva: *canemus iugiter, crebro flebimus, indesinenter orabimus et vulneratae iaculo Salvatoris in commune dicemus jnveni quem quaesivit anima mea. Tenebo eum et non dimittam illum!* La bellísima alusión final al Cantar de los Cantares (3,4) da una idea de la exquisitez femenina, del mundo interior de Paula y Eustoquia para quienes, en mi opinión, los Santos Lugares son esencialmente recintos de meditación, adoración y contemplación donde la cosmovisión escatológica se impone sobre la percepción de la realidad urbanística y arqueológico-artística. Aunque habían mencionado con

10 «La place du Haut Moyen Âge dans l'histoire du christianisme», *La Bibbia nell'Alto Medioevo*. Settimane di Studio..., cit., X, 1962. Spoleto, 1963, pp. 595-630, p. 621.

bastante detalle Jerusalén, Belén, donde ellas residían, se destaca como el epicentro y el punto de partida de la peregrinación no tanto física cuanto espiritual, y a Belén se retorna al final del camino como en una especie de anaciclosis espiritual que a nadie está vedada.

Hasta aquí, la peculiar y sensitiva descripción de los Santos Lugares en la mencionada carta 46 que, a mi juicio, debe su núcleo básico a la inspiración femenina. Este testimonio puede contrastarse, obviamente, con otros de otras epístolas de Jerónimo cuyos destinatarios eran bien diferentes de Marcela. En una sociedad bajoimperial cosmopolita donde, tras la división provincial y administración dioclecianas, cada diócesis era consciente de su idiosincrasia, está claro que aquéllas donde el cristianismo institucional había arraigado con más fuerza propulsaban, o al menos no frenaban, los peregrinajes a Tierra Santa¹¹. Nunca como en la segunda mitad del siglo IV del Imperio, en las décadas de los Valentinianos y de Teodosio, había florecido quizá un grupo tan excelso y preparado de intelectuales cristianos con cargos de responsabilidad. Eran ellos, así pues, los impulsores o no de los estímulos que podían convenir a las comunidades o *ecclesiae*, pero no siempre su didascalía era idéntica. Dependía, en gran parte, de la identidad o circunstancias personales de los receptores. En su carta 58, dirigida a su amigo Paulino a comienzos del 395, cuando el acomodado patricio galo había decidido rehuir el mundo, vender sus propiedades y consagrarse a la vida religiosa, Jerónimo responde a muchos de sus interrogantes. ¿Quién mejor que el asceta y filólogo afincado ya en Tierra Santa, que había abandonado *la corte papal*, para aconsejarle sobre sus deseos de emprender también dicho viaje? Está claro que la idea que tenía Paulino de la perfección cristiana comprendía también el viaje a los Santos Lugares. Pero Jerónimo, aun con bastante tacto, se lo desaconsejará. No es imprescindible visitar esta Tierra para crecer en la santidad pues «lo que es verdaderamente de alabar, consiste en vivir allí en espíritu *et crucis igitur et resurrectionis loca his prosunt qui portant crucem suam et cum Christo resurgunt cotidie.*» (p. 3). La topografía real, los recintos arquitectónicos y sagrados, son absorbidos por la actitud de quien es capaz de cargar con Cristo su cruz cotidiana y resucitar cada día, con independencia del lugar donde resida. Antonio el eremita y muchos otros monjes de Egipto, Mesopotamia, Capadocia y Armenia nunca habían visto Jerusalén y, sin embargo, *patet illis paradisi ianua*. El propio Hilarión, que era oriundo de Palestina y allí vivía, «tan sólo vio Jerusalén en un único día para no dar la sensación que pasaba de los lugares Santos, ya que estaba muy próximo, pero no puso mayor empeño en repetir la visita *para no dar la impresión de que encerraba a Dios en un lugar único.*». Aunque, tras estos consejos, algún estudioso ha intuido desavenencias entre Jerónimo y Juan, obispo de la Ciudad tres veces santa, —cualquier visitante de élite adepto a Jerónimo podría complicar la situación— particularmente, observo cómo el de Estridón valora la fe en Cristo y el seguimiento de su doctrina por encima del tópos aunque se trate, en este caso, de una geografía sacralizada. Por otra parte, Jerusalén es presentada por Jerónimo como una ciudad incómoda para vivir, con los gravámenes implícitos a una población numerosísima y heterogénea e, incluso, plena de inmoralidades ligadas a las profesiones de cómicos y prostitutas, vigentes, y a los rescoldos de paganismo en aquellos ambientes en que todavía pervivía el aroma secular de las pretéritas divinidades paganas, como Júpiter o Venus, cuyos cultos habían presidido antaño los lugares del Gólgota y de la Resurrección (p. 4). Incluso, la adorada y recogida Belén, *nunc*

11 A. RECIO VEGANZONES, «Prudenzio poeta peregrinus e promotore di pellegrinaggi», *Peregrinatio. Pilgerreise und Pilgerziel*. Akten des XII. Internationalen Kongresses für Christliche Archäologie. (Bonn-Köln, september 1991). Münster, 1995. Teil 2, pp. 1139-1159. D. MOTTA, «Movetur urbs sedibus suis... Uno sguardo alle città d'Italia Fra IV e VI secolo d.C.», *Les cités de l'Italie tardo-antique (IV-VI siècle). Institutions, Économie, Société, Culture et Religion*. M. GHILARDI-Ch. GODDARD-P. PORENA. Roma, 2006. (EFR). pp. 325-343.

nostram, «rebotaba el eco no sólo del vagido de Cristo pequeñito, sino del llanto de Adonis», que allá había tenido un santuario¹². Tales argumentos disuasorios son endebles, lógicamente, y más si se recuerda la personalidad y la procedencia social de Paulino y de su esposa Terasia habituados a los viajes y al ambiente aúllico, en cierto modo. Pero Jerónimo no se detiene. Se apoya en el cosmopolitismo antiguo, de esencia estoica, y lo eleva a categoría: un cristiano no puede atreverse a encerrar en un pequeño lugar de la tierra toda la omnipotencia de Dios que no cabe ni en el cielo. Dios, Jesucristo, son universales. «Los verdaderos adoradores no están en Jerusalén ni en el monte Garizim (*Jn.*, 4, 21) sino que cada uno de los creyentes es ponderado no por el lugar donde habite, sino por los méritos de su fe». Y si, como está demostrado, *caelum et terram pertransibunt, utique transibunt omnia quae terrena sunt... et crucis igitur et resurrectionis loca.* (p. 3). Sólo la Jerusalén celestial, la que otorga la verdadera ciudadanía, en un concepto muy agustiniano, es la que perdurará.

Jerónimo, que había animado vivamente a su amigo Desiderio a personarse en Tierra Santa (*epist.* 47) e, incluso, no pierde la esperanza de recibir al panonio Castriciano, que era ciego, (*epist.* 68) no lo hace ahora con Paulino. Desiderio, con el que compartía escritos y crítica literaria, ya había sido reclamado también por Paula y Jerónimo le ruega, a título personal, que «les conceda el regalo de su presencia y, aunque eventualmente no le agradase la compañía de ellos, adorese el lugar donde se asentaron los pies del Señor y viese los vestigios más recientes de su natividad, cruz y pasión» (p. 2). La actitud de Jerónimo y sus consejos, son recios, lejos de la sensibilidad femenina de Paula y su hija quienes reconocían sin pudor *flere* en el Sepulcro del Señor y *osculari*, besuquear, el *lignum crucis*. Él insiste en el *adorare*. Es una razón sustancial, desde luego, para que un cristiano emprenda el viaje y pienso que Jerónimo es tan sincero y honesto en lo que aconseja cuanto sagaz. Sin duda, le interesaba charlar con el *eloquentissimus* Desiderio y suscitar in situ argumentos exegéticos sobre las Escrituras y los Lugares Santos de los que, con conocimiento de causa, no estarían excluidas ni Paula ni Eustoquia. De igual modo, el ejercicio de su caridad no podía matar la ilusión del ciego Castriciano en sus propósitos, aunque tuviera que sufrir un aventurado periplo desde el Adriático. Pero su posición frente a Paulino intuía otras metas que llegaron a cumplirse, probablemente por otros factores complementarios a sus consejos. Le decía Jerónimo (*idem* 58, 5) que «según los estados o profesiones de cada cual, se presentaban las opciones a imitar». El debía ir madurando su decisión de vida pero lentamente, ya que el vínculo que le unía a su santa esposa no podía romperse, ni mucho menos ser cambiado de golpe. Había distribuido sus numerosos bienes y haciendas entre los pobres, como paso principal en el cumplimiento del gran precepto evangélico. Podría aspirar, en el momento oportuno, a ser *monachus*, pero si aspira a ser *presbyter* y luego a *episcopus*, lo cual implica dignidad pero no menos esfuerzo, le conmina: *vive in urbibus et castellis et aliorum salutem fac lucrum animae tuae*. Hermosísima exhortación de su mentor y amigo. Paulino llegó a ser obispo de Nola en el 410 y en tal ciudad de Campania, muy cerca, exactamente en Cimitile, erigió un monumental complejo arquitectónico para honrar la memoria de San Félix que, con el tiempo, fue también centro de peregrinaciones. No fue en Tierra Santa, pero la difusión de tal mimesis en el *orbis christianus antiquus*, vinculada a la eficacia, santidad y autoridad de su obispo, dio un fruto más perdurable¹³.

12 Esta epístola es riquísima en documentación arqueológica pertinente a la metamorfosis edilicia experimentada desde la «Elia Capitolina hasta casi la Jerusalén de Teodosio».

13 *L'Évêque dans la Cité du IV au V siècle. Image et Autorité*. Roma, 1998 (EFDR). De sumo interés en el tema, resultado del Coloquio celebrado en Roma en enero de 1995, en conmemoración del XVI Centenario de la ordenación episcopal de Agustín de Hipona.

En este itinerario epistolar, centrado esencialmente en la carta de Paula y Eustoquia y su consideración de los Santos Lugares, he querido contrastar siquiera linealmente, como se ha visto, algunas opiniones de Jerónimo en otras cartas significativas sobre el mismo argumento, así como la oportunidad de sus consejos o su cosmovisión. A mi juicio, las reflexiones, las exhortaciones, los móviles que justifican la conveniencia del viaje o de la peregrinación, sea transitorio, sea para establecerse, se han evidenciado diferentes en la comparación. Es lícito pensar que el argumento sería casi inabarcable si se hubiesen considerado muchas más epístolas —afloren en ellas aspectos eclesiásticos, doctrinales, litúrgicos, artístico-arqueológicos, prosopográficos, *de realia*, etc. — pero la elegida, conforme al sujeto monográfico implícito a la mayoría de los Homenajes de la índole del que nos ocupa, evidencia la especial visión de un mundo femenino pleno de sensibilidad que, con la misma fe y preparación doctrinal que el varón, en este caso, es capaz de transmitir el sentimiento religioso con un *páthos* casi táctil. Jerónimo había sido, indiscutiblemente, un gran hombre de fe, pero también un hombre duro, exigente, apasionado y a la vez penitente, poco dado a las manifestaciones literarias nacidas de la emotividad, quizá en razón de las peculiares peripecias de su vida. En su *Elogio fúnebre de Paula*, la aparente severidad se desmorona. La hija espiritual y la alumna inteligente y aventajada —cuya capacidad intelectual encajaba en la *percepción asexual del género complementario* defendida por Jerónimo, como ha analizado P. Brown— se ha ido para siempre, cumplidos ya los cincuenta y seis años, cuando él frisa los setenta. Es la paradoja de la vida, que no respeta las secuencias biológicas. El epílogo, constituye el epitafio compuesto literariamente por Jerónimo en honor de la difunta, calco estilístico de los Damasianos —en los que cabe presumir la influencia de Jerónimo y viceversa— y preciso en su datación: el 26 de enero del 404, la bienaventurada Paula se durmió en el Señor y fue inhumada dos días después junto a la Gruta de Belén. Si alguna vez Jerónimo quiso expresarse literariamente con el corazón, sin pudor, lo hace en esta composición, de más de cuarenta páginas. Constituye por sí misma, aunque ligada al género panegírico, un verdadero documento que glosa toda una vida y, por ello, documenta aspectos de los veinte años de Paula en Tierra Santa que corroboran y, es más, amplían sensorialmente lo que ella misma había manifestado en la epístola 46. Se sabe quizá más de su profunda afectación a Belén y a las ciudades de la redención por las palabras de un Jerónimo ya anciano y conmovido, que por ella misma. El espacio concedido no permite aquí glosarlo completo. Pero, complexivamente, frases y descripciones vuelven a ratificar los profundos arcanos de la difunta que sólo perseguía, con su fe, transitar por los lugares pisados por el Señor hasta decir *advena sum et peregrina sicut omnes patres mei. Cupio dissolvi et esse cum Christo* (p. 1). Aunque la epístola es rica en otros datos tangenciales,¹⁴ éstos son los aspectos que, para concluir, quisiera destacar. El apasionamiento místico de Paula le llevó «en el Gólgota a postrarse ante la cruz y adorarla *quasi pendentem Dominum cerneret* y está claro que en su imaginación sensorial lo veía *realmente* allí delante, colgado. Y entrando en el sepulcro de la Resurrección, besaba la piedra que el ángel había removido de la puerta del sepulcro. Y, como sedienta de ansiadas aguas, lamía con los labios de la fe el propio lugar donde había yacido el cuerpo del Señor, *ipsum locum fide ore lambebat*, derramando muchas lágrimas sin parar.» (p. 9 ss.). Estimo que no puede haber nada más sensorial que *lamer*, como acto de permanente fidelidad de la amo-

14 Por ejemplo, en los puntos 7-9 especifica Jerónimo con todo detalle los tópoi en los que a lo largo de su itinerario se detuvo Paula hasta llegar a Jerusalén desde que salió de Roma y arribó primero a la Isla Pontina. Se recrea su vinculación a algún hecho enfático del AT, en su caso, y aunque él mismo advierte que no es su intención componer una *odoiporía*, prácticamente lo consigue.

rosa veneración femenina que limpia con su saliva, a la vez que lame con su lengua, la lápida de la *depositio* o reliquia amada. Es este el exacto mensaje que transmite la semántica, aunque pueda suavizarse en el intento, innecesario, de sublimar el cometido de los cinco sentidos susceptibles de pecado, pero sin los cuales nuestro universo de percepción de toda la hermosura de la creación y de nuestras propias capacidades estaría mutilado y finito, en inspiradas palabras de Agustín de Hipona a lo largo de todas sus *Confesiones*¹⁵. En su segunda parada, la Paula peregrina llegó a la ciudad de Belén y, tras detenerse antes junto a la tumba de Raquel, entró en el *specum Salvatoris*, en el *diversorium Virginis* y en el *stabulum* en que el buey y el asno reconocieron a su Señor, estableciéndose así la identidad diversificadora de cada lugar, en un afán detallista muy femenino. Jerónimo narra cómo, oyéndola él con sus propios oídos, aquella «juraba, *iurabat*, que, *fidei oculos*, había visto perfectamente al Niño envuelto en pañales lloriqueando con los primeros vagidos; a los Magos que adoraban a Dios; a la estrella refulgente encima; a la madre, Virgen; al nutricio diligente (José); a los pastores que llegaban de noche para ver a la Palabra que se había hecho /cumplido; y también veía a los niños muertos; al cruel Herodes; a José y María huyendo a Egipto». Paula, mezclando su alegría a sus lágrimas ante tal somatización, decía emocionada: *salve Bethlem, domus panis, in qua natus est ille panis qui de caelo descendit. Salve Ephrata, regio uberrima, atque karpóphoros, cuius fertilitas Deus est*. Paula, por boca y pluma de Jerónimo, traza aquí una verdadera homilética descriptiva, en un itinerario de secuencias casi belenísticas que configuran una iconografía de la salvación extraordinariamente atractiva y comprensible, como la plástica de un frontal de un sarcófago paleocristiano historiado, y que, sin dejar de ser bíblica y textual, resulta especialmente cercana para todo bautizado y cristiano y, en general, para cualquier hombre sensible de buena voluntad. Su enumeración literaria confirmaría de nuevo la peculiar topografía mística de Paula pues, si se observa, las escenas o los hechos no siguen un estricto orden temporal ya que los pastores, según los Sinópticos, precedieron a los Magos y toda la historia había arrancado en el tiempo real de «la Palabra hecha carne», es decir de la Anunciación / Encarnación.

En esta Belén ubérrima Paula reposó para siempre. Su peregrinaje terreno había concluido. En dicho Epitafio, Jerónimo, transido por la pena de la separación, casi estuvo a punto de sustituir la esperanza cristiana por el refugio taciturno de inspiración estoica, pero se contuvo y siguió glosando en cristiano: «Si la fe de Cristo no nos empujase hacia el cielo, igual sería nuestra condición que la de las bestias y jumentos. Adiós, Paula, ayuda con tus oraciones los últimos días de este anciano que te venera, pues tu fe y tus obras te unen profundamente a Cristo».

15 E. CONDE GUERRI, «Los sentidos salvíficos: María como oyente en las fuentes patrísticas de los primeros siglos», *Carthaginensia*, (Revista de Estudios e Investigación del ITM, O.F.M.), XX, nº 37-38, 2004, pp. 35-56.